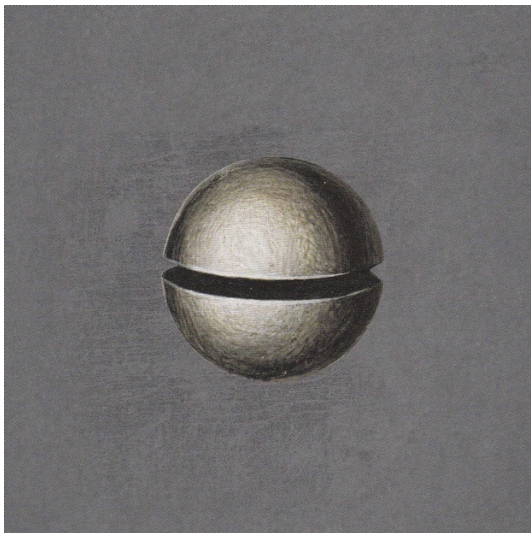


ULISES Y EL CABALLO DE TROYA

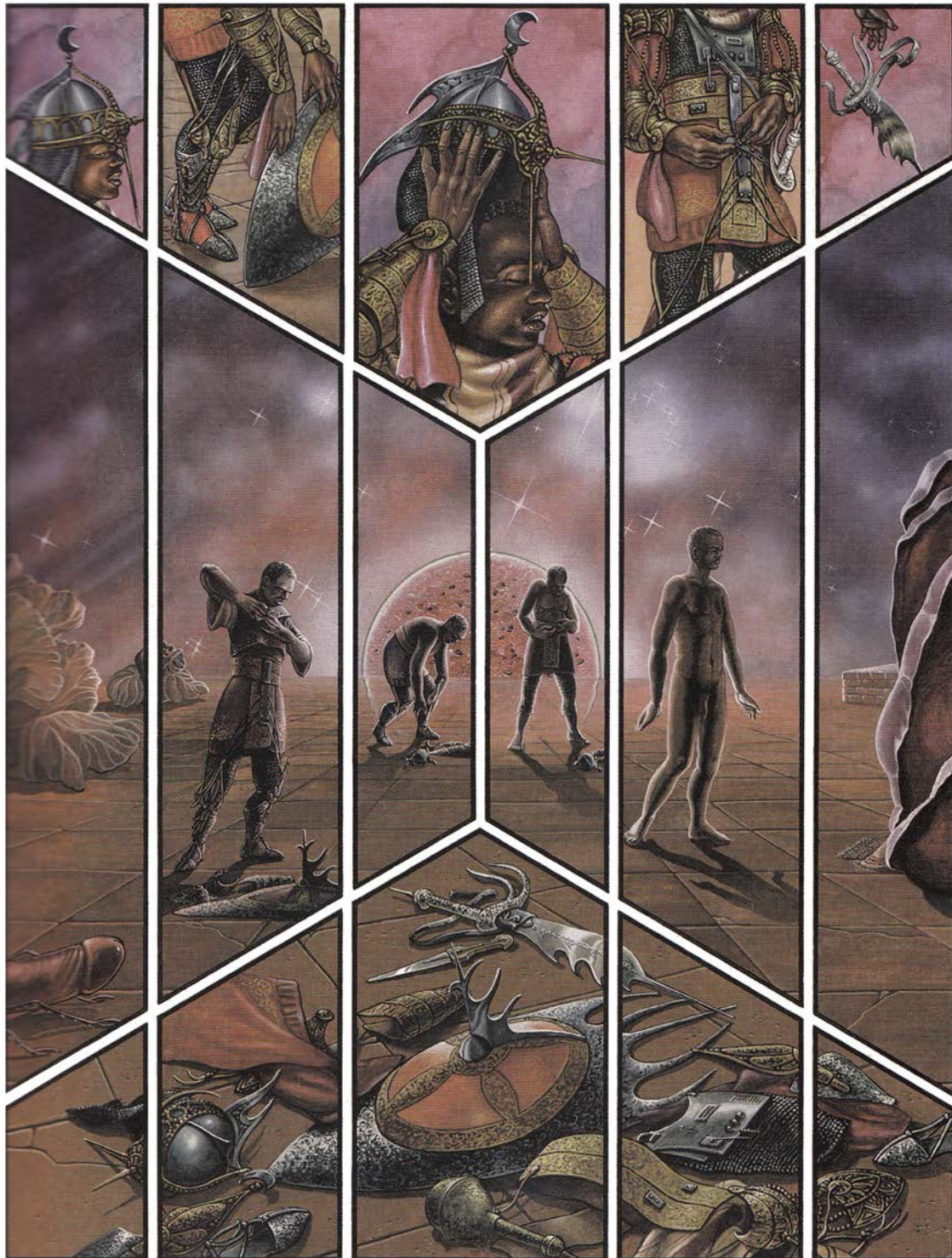


Texto: Antonio Altarriba
Imágenes escogidas de historietas realizadas con Luis Royo

Ulises regresa cansado del campo de batalla. Por su rostro escurre el sudor que se mezcla con el polvo y con la sangre de sus rivales o, quizá, con la de sus compañeros. La sangre es la misma, igualmente oscura y espesa, la derramen griegos o la derramen troyanos. Su casco y su armadura han perdido el esplendor original. En su escudo, abollado por innumerables golpes, ya no se distinguen las hermosas escenas que Marón, el herrero de Ítaca, forjó. Su espada tiene la hoja mellada y el bronce ha adquirido el tono negruzco del coágulo o, quizá, de la gangrena. Cuando llega a su tienda de campaña, apenas le quedan fuerzas para despojarse de las armas. Sin lavarse, sin tomar ningún alimento, sin ni siquiera mojarse los labios con un sorbo de vino vivificador, se deja caer pesadamente sobre el camastro. Acaba de dirigir el octavo ataque contra el flanco Noroeste de Troya. Aunque quizá sea el noveno... Ya ha perdido la cuenta de los asaltos que ha comandado, de los enfrentamientos que ha protagonizado, de los hombres que ha matado, de las heridas que ha recibido... Sólo sabe que esta vez también su ataque ha sido rechazado. Troya, ennegrecida por los incendios, agrietada por las embestidas, famélica por el asedio, resiste. Ulises no termina de entender de dónde sacan las fuerzas, de qué recursos se sirven los sitiados, pero se mantienen firmes.

Hace ya más de diez años que la guerra dura. Y han pasado tantas cosas... Aunque, si bien se mira, sólo ha pasado una: la muerte. Un día tras otro, repetida una y mil veces, con los mismos gestos, pero con distintos rostros... ¡Ha visto morir a tantos compañeros...! Imbrio, Teucro, Anfímaco, Idomeneo, Patroclo, Asio, Meriones e incluso el temible, ¿el inmortal? Aquiles... ¡Y también ha visto morir a tantos enemigos...! Alcatoo, Ifitión, Polidoro, Hipodamas, el invencible Héctor... Ha contemplado tanto sufrimiento, tanta rabia, tanta destrucción que tiene la impresión de no haber conocido otra cosa. Sin embargo, el recuerdo de una vida pacífica permanece todavía vivo en su memoria. Es más, a menudo ese recuerdo le muerde con el punzón hiriente de la nostalgia y remueve las imágenes del pasado. Afloran así los bellos paisajes de la patria, el encanto de sus playas, los trigos preñados de grano meciéndose en el horizonte, los rebaños de cabras pastando en los prados y también la suavidad de la piel de su esposa Penélope y también la voz cantarina de su hijo Telémaco que, cuando se fue de Itaca apenas empezaba a andar y que ahora será ya un joven ágil y esbelto. Y todo ello unido, mezclado con el cansancio de la última

batalla, le desgarrra el corazón y allí, en la soledad de la tienda, Ulises, el aguerrido, el implacable en el campo de batalla, llora.



Ulises evoca el momento en el que la flota griega arribó a las costas troyanas y tanto él como sus compañeros desembarcaron llenos de entusiasmo, deseosos de mostrar su valor y convencidos

de que en unas cuantas semanas la victoria sería suya. ¡Cuánta ignorancia! ¡cuánta insolencia! y sobre todo ¡cuánta juventud, cuánta generosidad, cuánta energía desperdiciada desde entonces! ¿Tiene sentido seguir luchando? ¿Por qué? ¿Para qué? Ulises está convencido de que, después de todos esos años de sangre, sudor y fuego, tanto los de un bando como los del otro, han olvidado los motivos por los que iniciaron la guerra. Desde hace ya mucho tiempo pelean arrastrados por la inercia, por la dinámica mortal del propio combate. Se lucha hoy porque se luchó ayer y con la esperanza, siempre defraudada, de dejar de luchar mañana. Se mata al enemigo porque el enemigo mató al amigo. Y el enemigo mata porque sus amigos han sido matados. Y así, indefinidamente, hasta el aniquilamiento final... Ulises piensa que los dioses les han abandonado o, peor aún, que juegan con ellos y les hacen penar por su soberbia, por su ambición, por el odio acumulado en sus miserables corazones...

Ulises, agotado por los combates del pasado y aún más por los combates por venir, se queda dormido en el camastro de su tienda. Y sueña. Sueña que es un caballo que corre libremente por verdes prados. Atraviesa veloz la llanura, llevado por la potencia de sus patas. Siente cómo el aire le acaricia las crines e hincha sus pulmones, amplios, inagotables. Galopa con rapidez y sus pezuñas apenas rozan la tierra. No hay rastro de batalla, no se distingue al enemigo, no se oye el fragor de las armas ni tampoco huele a muerte. Ulises, convertido en caballo, se siente libre, fuerte, puro... Pero, de pronto, un griterío resuena a sus espaldas. Un grupo de jinetes se dirige hacia él con cuerdas, mantas y arreos, dispuestos a darle caza, decididos a domarle. Reconoce los distintivos troyanos en las monturas y en las armas y, asustado, acelera el paso. Corre todo lo que puede, pero no logra distanciar a sus perseguidores. Cuando, por fin, consigue ganar algo de ventaja, una garganta rocosa se cierra ante él. Los troyanos le han conducido hasta esa trampa y ahora le rodean con sus monturas. Le echan unos lazos al cuello. Él piafa, se encabrita, se resiste todo lo que puede, pero, al final, no tiene otro remedio que rendirse. Sus captores lo llevan hasta Troya y Ulises, como caballo, tiene la oportunidad de ver por dentro esa ciudad por la que tanto ha combatido como hombre. Y contempla sus templos y sus guarniciones, sus reservas de armas y de comida, los secretos de sus fortificaciones y hasta los relevos de la guardia. Se dice que esa información sería muy valiosa para la guerra, si pudiera regresar con los suyos, si pudiera hablar, si no fuera un caballo... Por de pronto observa atemorizado cómo se

disponen a domarlo y cómo el propio Héctor golpea cariñosamente sus ancas y asegura que será un buen aliado para combatir a los griegos. Ulises, desbocado, con un grito que se asemeja a un relincho, se despierta cubierto de sudor, de un sudor que no es el del cansancio sino el de la angustia.

Afortunadamente todo ha sido un sueño, pero Ulises sabe que los sueños los mandan los dioses y en ellos hay materia para la reflexión y premoniciones para el futuro. Si fuera un caballo y pudiera entrar en Troya, descubriría los secretos de su tenaz resistencia. Es más, incluso podría abrir las puertas de la ciudad para que sus compañeros entraran y la destruyeran y la guerra finalizara. Pero, desgraciadamente, no es un caballo. No puede trotar libremente por las praderas ni penetrar en el interior de la ciudad asediada. A no ser que... Poco a poco la idea empieza a tomar forma en su cabeza. Sí, quizá lo que se le acaba de ocurrir cambie el curso de los acontecimientos. Se levanta del camastro, repleto de una nueva energía. Vocifera, grita a sus soldados, manda mensajeros... En unos minutos convoca en asamblea urgente a los jefes griegos que todavía quedan con vida y les expone su plan. Agamenón, el caudillo supremo de la armada griega, se muestra escéptico, pero los demás encuentran el proyecto viable. Además, no tienen nada que perder... Además, están cansados de perder...

Ese mismo día se inician los preparativos. Epeo, constructor de naves y experto en máquinas de guerra, se encarga de elaborar los planos. Si quieren que la estratagema resulte eficaz, van a necesitar mucha madera. El juicioso Néstor, que en estos años de guerra ha dado numerosas muestras de su capacidad organizativa, se encarga de asignar funciones a los distintos cuerpos de ejército. Varios grupos se dispersan por los bosques cercanos y talan árboles que, posteriormente, son acarreados hasta el campamento. No tardan en comprobar que no hay madera suficiente en los alrededores de Troya para su proyecto. Fletan varias expediciones a las islas cercanas y las naves regresan cargadas de enormes leños. Y, mientras unos talan, otros desbastan los troncos y otros los sierran y otros les dan forma y otros los tallan y otros los encajan en el armazón y otros clavan las juntas y otros las cubren de brea... Y así el campamento se transforma en un gigantesco taller. Las actividades militares dan paso a otras más artesanales. La rabia, la fiereza, la osadía o el miedo son sustituidos por la laboriosidad y la habilidad manual. Convertidos en improvisados carpinteros, los soldados canalizan sus energías en un coordinado

esfuerzo constructivo y, a medida que avanzan los trabajos, un nuevo estado de ánimo se instala en sus corazones. La satisfacción por los resultados de la obra en curso les hace recuperar el buen humor y, por primera vez en muchos años, cantan, bromean y retoman contacto con los placeres propios de los tiempos de paz. Ulises, asombrado por la celeridad con la que se lleva a cabo el proyecto, medita sobre la naturaleza humana y se dice que, quizá, los hombres no estén hechos para matarse los unos a los otros, que, quizá, las guerras sólo sean el resultado del capricho de los dioses o la consecuencia de la ambición de los reyes. Pero, sobre todo, Ulises se siente orgulloso de su iniciativa y disfruta viendo cómo su sueño se hace realidad.

Durante varias semanas los ataques a Troya se interrumpen y los asediados dan muestras palpables de desconcierto. Se asoman por las murallas y observan, curiosos, el inexplicable ajetreo del enemigo. Seguramente piensan que los griegos preparan una nueva arma de guerra. Los movimientos de sus centinelas delatan el temor y la impaciencia. Se incrementan los puestos de vigilancia, cambian las consignas de la guardia nocturna y aprovechan la tregua para reconstruir, como pueden y con lo que pueden, las agrietadas murallas. Los troyanos esperan lo peor, pero no pueden hacer nada sino precisamente eso, esperar...

Al cabo de cuarenta días, el caballo ya ha tomado forma. Su silueta imponente destaca por encima de las tiendas del campamento y su sombra se recorta hasta la orilla del mar, pero el trabajo está lejos de haber concluido. Queda por hacer la parte más delicada. El interior del gigantesco jumento debe habilitarse de la forma más conveniente. Por dentro el animal está totalmente hueco y dividido en estancias bien diferenciadas. El vientre, que constituye la zona más espaciosa, está destinado a albergar el grueso de la tropa. Cerca de doscientos hombres podrán tener cabida en él. Pero el cuello y la cabeza contienen otros habitáculos para el descanso y la vigilancia. Y las patas, perfectamente compartimentadas, acogen las reservas de armas y antorchas para iluminar el interior. Y hasta la cola se prepara como pozo negro para evacuar excrementos. Nadie sabe cuánto tiempo tendrán que permanecer ahí dentro. Nadie sabe si la trampa tendrá éxito. Conforme los trabajos culminan y el momento decisivo se acerca, hasta el mismo Ulises duda. Los hombres ya han hecho su parte. A partir de ahora todo está en manos de los dioses.

Llega el gran día. Durante la noche un batallón selecto del ejército griego se ha instalado en el interior de la máquina. Ulises ha escogido uno por uno a sus acompañantes. Son los más aguerridos, los más rápidos, los más eficaces en el combate. También supervisa la introducción y la disposición de los pertrechos. Nada puede fallar. Ulises sabe que se juega mucho más que su prestigio como estratega. El resultado de la guerra depende de esa operación. Por fin los rosados dedos de la Aurora acarician con su luz el campo de batalla. Los griegos arrastran el caballo con cuerdas y maromas. Los ejes de las enormes ruedas sobre las que se sustenta el monstruo de madera crujen agobiados por el peso, pero resisten. Llevan la máquina hacia la puerta principal de Troya, pero se detienen a una distancia prudente para que no les alcancen los dardos de sus defensores. Entonces preparan el sacrificio. El propio Agamenón, como autoridad máxima, oficia de sacerdote. Sacrifican bueyes y caballos y los lanzan a la hoguera. Quieren simular el ritual de despedida y derrota. Invocan a Palas Atenea, su diosa protectora, para que acepte su renuncia al combate y proteja su retorno a la patria. Todo forma parte de una representación destinada a convencer de su retirada a los troyanos que, desde la muralla, no pierden ni un solo detalle de la ceremonia. Una vez finalizado el solemne acto, los griegos embarcan ordenadamente en sus naves y abandonan el litoral donde tanto tiempo llevaban instalados. No van muy lejos. En cuanto dobla la ensenada, la flota se dirige a la cercana isla de Ténedos, allí esperarán la señal de Ulises para volver rápidamente y lanzarse con saña contra una Troya abierta y herida en sus entrañas.

Acurrucados en el vientre del caballo, Ulises y los suyos perciben cómo lo que fuera su campamento va quedándose en silencio. Ninguno de ellos se atreve a hablar. Aguardan expectantes el desarrollo de los acontecimientos. Varios vigías otean el exterior por unas disimuladas mirillas y mantienen al corriente a sus compañeros de lo que ocurre. Los troyanos apenas tardan una hora en llegar al terreno abandonado. Se acercan sigilosos, con las armas en ristre, temerosos de cualquier emboscada, incapaces de creer que los griegos se hayan ido de verdad. Poco a poco y conforme van comprobando que no queda nadie, adquieren confianza, sus ánimos se enardecen, empiezan a cobrar conciencia de su victoria... Y maldicen a sus enemigos y escupen en los lugares donde se asentaron las tiendas de los principales caudillos griegos. Ulises y sus hombres escuchan cómo les insultan y sus armas tiemblan de ira contenida. Llega hasta ellos la voz de Timetes, que

se acerca exultante hasta el caballo y propone que el gigante de madera sea entrado en Troya y se convierta en monumento imperecedero a la memoria de los muertos en esa guerra tan cruel. Y los troyanos aplauden y golpean al animal con sus lanzas, provocando un estrépito que reverbera por toda la carcasa. Ya todos se disponen a celebrar la victoria y, animosos, tiran del caballo y lo empujan hacia la ciudad. Ulises en la penumbra intestinal donde se encuentra sonrío satisfecho. Sus enemigos actúan tal y como había previsto.

De pronto, Laocoonte, gran sacerdote de Apolo, desciende por la colina con los ojos brillando de rabia. Le acompañan, como siempre, sus dos hijos. Se apodera de una lanza, la tira con fuerza inusitada y la clava en el costado del caballo. El impacto resuena cavernosamente por las huecas concavidades. La vibración repercute en los hombres apostados en el interior y hasta sus esqueletos retumban, estremecidos por un nefasto presagio. Laocoonte frena en seco el avance del caballo y también la euforia de sus conciudadanos. Les increpa poseído de una ira apocalíptica y les exige que recuperen la razón. Recuerda todas las maldades cometidas por los griegos y pide a los suyos prudencia. Se muestra convencido de que el caballo es un engaño. Piensa que se trata de una máquina de guerra que se desmoronará y destruirá la ciudad en cuanto haya atravesado la muralla o, peor aún, un artilugio que oculta en su interior a los griegos más sanguinarios, deseosos de cogerles desprevenidos. Ulises y los que le rodean escuchan temblorosos estas lúcidas palabras. Y su temblor aumenta cuando Laocoonte propone que destruyan el caballo, que lo hundan en el mar o, mejor aún, que lo quemen ahí mismo.

Una sacudida de pánico se extiende entre los griegos y algunos se muestran decididos a abrir las trampillas y saltar a tierra. Prefieren morir luchando a ser abrasados de la forma más infame. Ulises se niega y, tras mostrar la máxima energía, consigue imponerse. Sabe que Laocoonte aún no ha ganado la partida. Cuesta mucho renunciar a una victoria y Timetes e incluso el propio Priamo, el venerable rey de Troya, no comparten los agoreros vaticinios del sacerdote. Los humanos siempre prefieren creer lo que más les conviene, aunque esto no sea siempre lo más verdadero. Y en esos momentos los troyanos desean fervientemente creer en la victoria y olvidarse, de una vez, de la guerra y sus catástrofes. Laocoonte insiste en vano y reclama una última oportunidad para sus argumentos. Pretende consultar las

vísceras de un toro sacrificado para la ocasión y leer en ellas lo que el futuro les depara. Pero, cuando se dispone a cumplir su propósito, un prodigio extraordinario se produce. Una gigantesca serpiente sale del mar y reptando sinuosamente por la playa se precipita sobre el sacerdote y lo atrapa con sus poderosos anillos y, junto con él, también se apodera de sus hijos. Y, sin que nadie pueda ayudarles, los arrastra hacia el mar donde desaparecen en medio de un torbellino de espuma. Los troyanos, boquiabiertos ante el extraordinario espectáculo, ya no albergan ninguna duda acerca de lo que deben hacer. Laocoonte ha sido castigado por los dioses por haber atentado contra el monumento que los griegos levantaron en honor de Atenea. Así que consideran que el trágico acontecimiento no sólo es la prueba de la sinceridad de los griegos sino también del carácter sagrado del caballo. Con fervor religioso y entonando cánticos lo arrastran hasta alcanzar la muralla y sólo entonces comprueban que la altura del animal es excesiva y no cabe por la puerta. No se arredran por ello. Derrumban el dintel y ensanchan el acceso para que la bestia de madera haga su entrada en Troya de manera triunfal. Desde el interior los griegos escuchan el griterío con una sonrisa satisfecha. Son conscientes de lo paradójico de la situación y disfrutan con ella. Quienes van a ser sus víctimas les aclaman. Dentro de poco irrumpirán en las calles de Troya y sembrarán la muerte entre esa multitud que, ignorante de su destino, danza, ríe y lanza flores a su paso.

Los troyanos conducen el caballo hasta el foro principal, en el centro mismo de la ciudad, y lo colocan en un lugar preeminente junto al templo de Zeus y muy próximo al palacio de Príamo. Los griegos se encuentran así emplazados en el punto más estratégico de la ciudad. Desde su privilegiada posición pueden contemplar cómo toda Troya se extiende a sus pies. La euforia reina entre ellos. Interpretan la muerte de Laocoonte como un signo favorable. Realmente los dioses están de su lado. Su misión sólo puede ser un éxito y arden en deseos por llevarla a cabo. Ya cae la tarde y la ciudad bulle en festejos. Se bebe, se canta, se juega, se ama... Todo está permitido en Troya ese día. Tras tantos años de tensión y sufrimiento, tras tantos años presididos por la catástrofe y la muerte, la alegría estalla y, como un río retenido por el dique de la guerra, se desborda incontenible. Ulises observa el espectáculo desde una de las mirillas y comprueba cómo su sueño, finalmente, se ha cumplido. Él está en el caballo y ve desde dentro la ciudad durante tantos años inexpugnable. Sin embargo, no puede evitar un cierto remordimiento. Por primera vez contempla a los troyanos

entregados al placer. Hasta ahora sólo los había conocido cubiertos con el casco y la coraza, con el gesto fiero y el ademán agresivo. Festivos, inermes, se le antojan más humanos. Gozan del final de la guerra y se muestran deseosos de volver a las tareas propias de cualquier hombre de bien en tiempos de paz. En cierta medida siente compasión por ellos. Pero no puede permitírselo. Al fin y al cabo, si los troyanos están tan contentos es porque festejan su derrota y maldicen su nombre y el de sus compañeros. No, su espíritu no puede ablandarse precisamente en esos momentos.

Cae la noche. Ya falta poco para salir. Dentro de unas pocas horas se acallarán los gritos y los troyanos dormirán confiados, soñando con un porvenir halagüeño que nunca llegará. Todo está preparado. Las escalas y las cuerdas prestas para ser lanzadas por las trampillas. Por ellas se descolgarán rápidamente hasta el suelo y se dispersarán por la ciudad arrasándola por completo. Los vigías observan el exterior. Todavía arden numerosas hogueras por calles y plazas. Se distinguen algunos soldados de guardia al pie del caballo y en las proximidades del palacio. Quizá convenga esperar un poco más. La impaciencia se extiende entre los hombres. Neoptolemo, el más temerario de los encerrados, reclama ya la orden de ataque. Menelao, al otro extremo de la cavidad también piafa como un caballo con las riendas contenidas. Sin embargo, Euríloco, Tesandro, Acamante y la mayor parte de los jefes se muestran un tanto remisos. Todos miran a Ulises y éste, sin poder explicar muy bien la razón, deja pasar el tiempo a la espera de algo, de no sabe muy bien qué, de un signo favorable, de un presagio que garantice el éxito... Ulises ha experimentado muchas veces la tensión de ese momento decisivo en el que, superando los miedos, aspirando hondo, cogiendo toda su voluntad entre las manos, rompe la impaciencia crepitante de la espera, da la orden y se lanza al ataque. Pero en ese momento una extraña inercia le invade. Quizá sea debido a la larga interrupción de los combates... Dedicados a la construcción del caballo, los hombres a su mando llevan más de tres meses sin pelear. Quizá sea el contacto con labores tan poco belicosas como la carpintería lo que ha reblandecido sus ánimos. Quizá sea la conciencia de la ignominia que supone lanzarse a asesinar mujeres, niños y hombres borrachos. Ulises no sabe muy bien cuál puede ser la causa, pero ha perdido la capacidad de mandar o, simplemente, de iniciar el movimiento. Además, nota que sus hombres participan del mismo estado de ánimo dubitativo. Tiene incluso la impresión de que Neoptolemo, Menelao, Pirro y todos los que manifiestan mayor ardor bélico no lo sienten de verdad y sólo

lo hacen para ser fieles a su imagen de guerreros valerosos. Durante muchas, largas y oscuras horas permanecen en este tenso titubeo. Los cuerpos sudan, los estómagos se revuelven y Ulises siente cómo se difunde por el vientre del caballo el mohoso olor del miedo. Varias veces está a punto de dar la orden, pero siempre se produce un pequeño incidente en el exterior, siempre aparece una presencia, la sombra de un imprevisto, la posibilidad de una alarma y la operación se aplaza. Empieza a clarear el nuevo día y los hombres de Ulises todavía permanecen agazapados dentro del animal, crispados sobre sus armas e indecisos. No han hecho ni un sólo movimiento y, sin embargo, están agotados. La incertidumbre de las últimas horas ha acabado con sus fuerzas. Llegados a este punto, deciden que lo mejor es descansar y dejar el ataque para la noche siguiente. Ulises intenta convencer a los suyos y, sobre todo, convencerse a sí mismo de que, efectivamente, eso es lo mejor. La próxima será una noche de calma en Troya. Los troyanos, agotados por la fiesta, se dedicarán a descansar y entonces se les ofrecerá la mejor ocasión. En cuanto adoptan este acuerdo, parecen liberarse de un gran peso y todos, incluso los soldados de guardia, se quedan dormidos, pesada, placenteramente, como si quisieran olvidar la situación o, tal vez, recuperar la paz por unas horas.

El reposo de los hombres de Ulises dura poco tiempo. Con las primeras horas del día llegan las ofrendas y las ceremonias. Los troyanos desfilan ante el caballo y depositan a sus pies frutas, viandas, joyas y todas las riquezas que no han tenido que empeñar para los gastos de la guerra. Realizan una hecatombe fastuosa donde sacrifican cerdos, ovejas y toros. Y encienden hogueras aromáticas y danzan durante horas infatigablemente. Y en un acto solemne el rey Príamo, acompañado de su esposa Hécuba, del venerable Anquises, del astuto Corebo, del joven Eneas y de los ciudadanos más ilustres, deposita a los pies del ídolo su corona y los penates, los dioses protectores de Troya. Los griegos contemplan el espectáculo desde las alturas. Su olfato se impregna del olor sagrado del incienso, disfrutan con las músicas, los bailes y también experimentan una perversa satisfacción al ver postrados a sus pies a la flor y nata de sus enemigos. Por un momento Ulises y los suyos se sienten como dioses.

El día transcurre en medio de celebraciones. Los griegos, desde su alto refugio, ríen de la ingenuidad de los troyanos y profieren contra ellos todo tipo de amenazas, vaticinándoles las desgracias que no tardarán en sufrir. Pero llega la noche y de nuevo

se instala entre ellos el nerviosismo que precede a la batalla. Los vigilantes acechan esperando el momento más propicio y las armas se estremecen impacientes. El silencio y la oscuridad reinan en Troya. Ulises, sin embargo, no termina de tomar una determinación. Todos temen que la situación del día anterior vuelva a repetirse. Entonces, de forma inesperada y pronunciando un discurso providencial, interviene Perimedes. Llevan ya muchas horas encerrados en el vientre del caballo y todavía no han comido nada –dice-. A sus pies, a apenas unos cuantos metros debajo de ellos, se extienden, succulentas, tentadoras, las ofrendas depositadas por los troyanos. Quizá lo más conveniente fuera saciar su apetito, reponer fuerzas y, una vez restaurados, iniciar el ataque. La propuesta de Perimedes es acogida favorablemente. Como era de prever, Neoptolemo y alguno más manifiestan su desacuerdo, pero son débiles objeciones, protestas de unos hombres resignados de antemano a aceptar lo que parece ser el sentir mayoritario. Ulises sabe que se trata de una excusa, de un pretexto, apenas disfrazado, para ocultar la falta de iniciativa guerrera, pero tanto él como los hombres a su mando se aferran a una propuesta que aplaza la decisión o, quizá, disimula la cobardía.

Un pequeño escuadrón desciende sigilosamente desde el vientre del caballo y carga las vituallas en unos grandes capazos que son izados con rapidez. En unos pocos minutos culminan con éxito la operación de abastecimiento. El vino y los manjares no tardan en correr de mano en mano. También se reparten las joyas y las riquezas, como si de un botín de guerra se tratara. Animados, encienden hogueras donde asan la carne de los animales sacrificados y, para no ahogarse con el humo, abren algunas trampillas. La tropa se distiende. Se despojan de las armas, se recuestan en lechos que improvisan con mantas y gozan de unos placeres olvidados tras tantos años de campaña. Unos cuantos llegan incluso a entonar canciones que son rápidamente acalladas por las consignas de silencio y prudencia. Tras unas horas de buen yantar y mejor beber, los griegos se duermen sin ni siquiera plantearse la posibilidad de iniciar un ataque.

Al amanecer del día siguiente, los troyanos comprueban estupefactos que sus ofrendas han desaparecido y en seguida corre el rumor de que el divino caballo las ha engullido. Algunos aseguran haber visto columnas de humo brotando de su interior y otros afirman haber oído un alborozado estrépito recorriendo sus tripas. Para los troyanos todo ello constituye un síntoma indiscutible de que

sus sacrificios han sido bien acogidos por el nuevo dios. Hasta los más escépticos se convencen del carácter sagrado, incluso milagroso, del imponente equino y le renuevan los presentes. Acarrearán más manjares y sacrifican cuatro corceles de las cuadras de Príamo. Y no sólo eso. También hablan de la conveniencia de dedicarle un culto permanente y que una parte de sus sacerdotes se ocupen en exclusiva de su cuidado, pues están seguros de que, mientras el símbolo de Atenea se muestre satisfecho, ningún mal se abatirá sobre la ciudad.

Los griegos escuchan en su escondrijo las imprevistas consecuencias de su rapiña nocturna y sus reacciones no se hacen esperar. Polímedes ve en seguida las ventajas de la situación. "Podemos vivir aquí indefinidamente, disponiendo de todos los lujos imaginables gracias a la estupidez de los troyanos. Queríamos vencerlos... Pues bien, podemos hacer algo mucho mejor. Podemos ser sus dioses, someterlos a nuestro capricho y gozar de todas sus riquezas". Toante y Estenelo son de la misma opinión. Y algunos ya imaginan artimañas para aterrorizar a los troyanos o para exigirles los más disparatados sacrificios. Los muy incautos manifiestan una fe tan profunda en los poderes del caballo que son totalmente manipulables. Si los griegos quieren, los troyanos serán sus esclavos. Pero no todos comparten estas ideas. Menelao, indignado, les acusa de egoístas, cobardes y traidores. La flota de Agamenón aguarda una señal para iniciar el ataque. No pueden eludir el compromiso adquirido con sus compatriotas y tampoco deben olvidar la memoria de todos los que han muerto en esa cruel guerra. La sangre derramada no puede servir para que ellos disfruten de unas inmerecidas prebendas. La postura de Menelao gana numerosos adeptos, pero sus injurias ofenden a quienes han defendido los otros argumentos. La tensión crece entre los dos bandos, cada vez más enfrentados. Polites toma posición a favor de Polímedes y asegura que en esos momentos su lealtad con Agamenón es ya muy relativa. Han dejado pasar dos noches sin iniciar el ataque. Probablemente la armada griega se ha cansado de esperar o piensa que su argucia ha fracasado y han iniciado realmente el regreso a la patria. Es más, si finalmente se deciden y saltan al exterior, corren el riesgo de hacer las señales convenidas y no recibir respuesta de Agamenón. Entonces quedarían atrapados sin remisión, a la merced de la terrible venganza de los troyanos. El argumento de Polites descalabra a los más animosos e introduce la incertidumbre en todos los ánimos. Pero Neoptolemo no acepta esta posibilidad. Agamenón no puede haberlos abandonado. Está

impaciente, pero todavía espera su señal. Es más, anuncia que el tiempo de la indecisión ha terminado. Esa misma noche él saldrá a matar troyanos. Todo el que no sea un cobarde deberá seguirle. Porque, además, ¿qué destino es ése que tanto desean? ¿Vivir como ratas en un escondrijo oscuro mientras disfrutan de unos placeres que reblandecerán sus músculos y envilecerán su corazón?

Las posturas se encuentran realmente enfrentadas y las palabras están a punto de dar paso a las armas. En ese momento Néstor pide calma y, mirando a Ulises, le solicita una opinión. Él es el jefe. Todos harán lo que él diga. Ulises observa ese grupo de hombres, tensos, mirándole fijamente, escrutando sus movimientos, esperando su decisión y no sabe qué hacer. Sigue dudando. Como si un ángel exterminador hubiera devastado su voluntad, se siente incapaz de optar. Las dos posibilidades ofrecen ventajas y también serios inconvenientes. Ulises anuncia que esperarán a la noche y estarán atentos a la manifestación de un signo que guíe su decisión. Los acontecimientos se les están escapando de las manos y toman un cariz cada vez más divino. Así que justo es dejar que los dioses se manifiesten. La respuesta de Ulises no satisface a ninguno de los dos bandos. La respuesta de Ulises ni siquiera satisface a Ulises. Sabe que los hombres sólo se encomiendan a los dioses cuando los hechos rebasan su capacidad de discernimiento. Pero ¿qué puede hacer? Su inteligencia, tan fértil en otras ocasiones, está abotargada. Quizá la responsabilidad es excesiva o el cansancio resulta insoportable. Así que esperarán. Lo dice con firmeza, para suplir con la fuerza de la voz la debilidad de su voluntad. La tropa, decepcionada y silenciosa, acata la orden y aguarda.

Y llega otra noche en la que la angustia de la indecisión pesa más que el propio miedo al combate. Ulises mira al exterior atento a lo que pueda ocurrir. Ha pensado que, si ningún hecho significativo se produce antes de que la luna alcance su cenit, dará la orden de ataque. Aunque signifique la muerte, aunque Agamenón no llegue... Al menos así terminará la incertidumbre. No ha comentado con nadie su resolución, pero todos adivinan que esta vez sí, que esta vez, por fin, la acción se va a producir. Así que miran ansiosos a su jefe esperando la orden. La luna está ya alta en el firmamento. Ulises respira profundamente y abre una de las trampillas, va a lanzar una de las cuerdas y saltar al exterior... Pero, en ese preciso instante, distingue una procesión abriéndose camino por las calles de Troya, portando antorchas y encaminándose hacia

el caballo. Está compuesta por una veintena de mujeres adornadas y cubiertas de flores que, nada más llegar, se postran ante el ídolo. Ulises reconoce entre ellas a Casandra, sacerdotisa de Artemisa y renombrada adivina. Ella parece dirigir la ceremonia. Invocan, rezan y manifiestan sus propósitos. Llegan con la intención de consagrarse a la nueva deidad. Todas ellas son vírgenes y ponen su cuerpo y su alma a disposición de la suprema voluntad del caballo de madera. Encienden un fuego del que emana un olor turbio y embriagador. Dan vueltas alrededor de él recitando una insistente monodia hasta que caen en una especie de trance y se desploman sudorosas, con las carnes vibrantes y las túnicas pegadas al cuerpo.

Ulises no dice nada, pero los griegos reconocen que ésta es la señal que estaba esperando. Diez años de combates son diez años de camaradería viril, sin conocer el cuerpo suave de una mujer, sin entrar en sus húmedas rendijas, exiliados de las caricias y de los más jugosos placeres. Todos han seguido la ceremonia con suma excitación. Ni siquiera los más incondicionales del combate dudan sobre lo que van a hacer. Los cuerpos de esas mujeres yacen ahí abajo, disponibles, anhelantes de un dios que ellos van a proporcionarles. La incursión es aún más rápida y eficaz que la anterior. Recogen a las mujeres desmayadas y las izan hasta el vientre del caballo. Ellas no tardan en despertar y se sienten desconcertadas en medio de esa oscura cavidad que acumula un intenso olor a hombre. No saben dónde se encuentran. Por lo que dicen, creen haber sido raptadas por unos dioses terribles y, al principio, se muestran temerosas. Ulises interviene de forma contundente e impone una norma de obligado cumplimiento. Las mujeres nunca serán motivo de rivalidad y, para evitar cualquier rencilla, les otorga a ellas la capacidad de decidir. Ninguna podrá ser forzada y sólo copulará con el hombre que elija. Es mucho pedir para unos hombres tan deseosos de placer. Algunos protestan, incluso empiezan a enfrentarse por poseer a una u a otra. Y esas amenazas entre ellos les hacen comprender que Ulises tiene razón, que, sólo respetando la voluntad de las mujeres, la paz será posible.

Ulises habla con Casandra y le explica la verdad acerca de su situación. Casandra, que tantas veces ha visto en sueños la destrucción de Troya, entiende que sólo un milagro puede mantener paralizados de tan extraña manera a quienes habrían debido de ser los verdugos de sus conciudadanos y se muestra dispuesta a colaborar. Jura por la misma Artemisa no contar a los troyanos el

secreto que le acaban de desvelar y asegura que podrá conseguirles más doncellas si a cambio se comprometen a abandonar toda idea de ataque. Los griegos en esos momentos de encelamiento ya han olvidado las cuestiones de honor, de venganza o de lealtad y sólo quieren desaparecer entre los brazos de esas hermosas mujeres. Así que se comprometen sin dudarlo.

A partir de ese momento la vida en el interior del caballo da un vuelco. Hasta los más recalcitrantes partidarios del combate abandonan su belicismo. El propio Menelao, el ofendido esposo de Helena por cuyo honor se desató la guerra, aprende a olvidar sus rencores entre los brazos de una joven troyana. Poco a poco las rutinas de la vida cotidiana empiezan a instalarse en las cóncavas grutas de madera. La construcción de madera que, en principio fue concebida como refugio provisional, va siendo acondicionada para una estancia más prolongada. La existencia, aunque oscura y poco ventilada, transcurre de manera agradable. Los griegos sólo tienen que bajar periódicamente a recoger las ofrendas que, como regular tributo, les entregan los troyanos. Casandra ha cumplido su palabra y el aflujo de mujeres incrementa. La guerra ha dejado en Troya muchas viudas, huérfanas y mujeres necesitadas de protección. Así que una buena parte de ellas llegan hasta el interior del caballo dispuestas a todo, sin importarles gran cosa si, en lugar de encontrar a un dios, encuentran un marido.

Pasan los meses y algunas de estas troyanas quedan embarazadas y los griegos que con ellas conviven piensan que, quizá, no sea descabellado formar un hogar con ellas. Si salen del caballo y se incorporan con discreción a la vida troyana, seguramente podrán encontrar casa y labrarse un nuevo porvenir lejos de una patria que, con toda probabilidad, ya les da por muertos y cuyo recuerdo es cada vez más borroso en su memoria. Así, poco a poco, el interior del caballo se va despoblando. Cada noche al menos una docena de hombres y mujeres abandonan ese leño hueco para integrarse en la ciudad que fue su enemiga irreconciliable. Ulises les ve partir con tristeza y también con un asomo de envidia. Ellos parecen haber descubierto un nuevo hogar y encontrado el destino. Él, sin embargo, sabe que no va a quedarse. Tiene que regresar. La nostalgia de la vieja Itaca le sigue apremiando... y los dulces ojos de Penélope, su esposa, que -está seguro- aún le espera... y Telémaco, su hijo, y con él la promesa de toda una estirpe...

Ulises, como buen capitán, aguarda a que sus hombres vayan encontrando su destino antes de abandonar el caballo. No todos se quedan en Troya. Algunos, al igual que él, intentan la azarosa aventura del retorno. Una vez que el desalojo se ha producido, una vez que ya sólo queda a su lado ese grupo de incondicionales con el que intentará regresar a la patria, Ulises echa un último vistazo a la gigantesca oquedad que le ha dado cobijo durante más de seis meses. Al contemplarla así, vacía y reverberante, se le antoja especialmente entrañable. Quizá los troyanos tenían razón y, sin saberlo, habían construido un verdadero dios. Al fin y al cabo gracias a esa gigantesca estructura de madera la guerra había terminado y no sólo no se habían producido más muertes sino que la mayor parte de sus hombres había encontrado la felicidad.

Ulises se descuelga del caballo y, amparándose en la noche, salta las murallas de Troya y se dirige hacia la playa. Atraviesa el terreno que hasta hace poco estuvo ocupado por el campamento griego y desde ahí se vuelve hacia la ciudad, tan imponente y desafiante como siempre. No puede evitar pensar que en cierta medida Troya ha sido vencida. Sin combates y sin derramamiento de sangre. Al menos una parcela importante de su solar ha sido conquistada. Muchos de los que nazcan en los próximos meses serán hijos de griegos y tomarán posesión de sus tierras y de sus riquezas y, quizá, algún día, alguno de ellos llegue a ser rey de los troyanos. Aunque, en esas condiciones y habida cuenta de las experiencias por las que han pasado, el hecho de ser griego o troyano resulta tan insignificante como indistinguibles las diferencias entre ambos.

Pero no es hora de mirar atrás. Para Ulises ya ha llegado el momento de dejar de recordar y de dejar de dudar. Tiene que procurarse una nave para iniciar la singladura que le devuelva al hogar. Tiene que preocuparse del futuro. Se siente ilusionado y lleno de confianza en lo que va a venir. El muy ingenuo ignora los peligros que le esperan tras el abandono de la uterina protección del caballo. En esos momentos Ulises, satisfecho por el resultado de su última empresa, no sabe que tiene por delante toda una Odisea.